



IÑAKI, EL ÁNGEL

María Eugenia Muñiz



Primera edición septiembre 2021

© Editorial Santidad

www.editorialsantidad.com

info@editorialsantidad.com

Fotografía de portada: María Eugenia Muñiz Torre

Fotografía de contraportada: Gabriel Hernández

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibido, bajo las sanciones establecidas en las leyes, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra que solo puede ser realizada con la autorización del autor.

ISBN: 978-84-18631-56-6

Depósito legal: CS 551-2021

Impreso en España - Printed in Spain

María Eugenia Muñiz

En un tiempo para mí ya lejano, era odontóloga de profesión. Hace unos años comencé a escribir, sin saberlo, para poder llegar a sanar las heridas del alma. Fue entonces cuando, casi sin querer, descubrí una pasión.

Este es un libro que desearía no haber escrito nunca, pero no tuve más remedio que hacerlo porque sabía que se convertiría en una gotita de esperanza para quien lo tuviese entre sus manos. Iñaki lo sabía muy bien... Si él revoloteaba lo suficiente a nuestro alrededor, y si el aleteo de sus alas se hacía claro y evidente, yo no podía hacer otra cosa que escribirlo.

Por varias razones, mis tres primeros libros llegaron a un público muy limitado; sin embargo, siento que Iñaki, el ángel será un libro que tocará de distintas maneras las almas de muchos lectores.

Este es un regalo para él, que de alguna manera «divinamente predestinada» siento que Iñaki se lo obsequia a ustedes.

Este libro fue escrito en memoria de Iñaki y pretende plasmar su contundente presencia después de su reciente partida a la eternidad.

Iñaki nos hizo un regalo, nos invita a pensar en la muerte desde otro lugar...

Nos quita la tristeza de pensar y sentir, que la muerte es el fin.

Nos convence a través de sutiles detalles, de pequeños mensajes divinos, que nuestros seres queridos nos esperan en ese lugar invisible llamado Cielo.

Para el creyente estas palabras podrían ser un bálsamo de fe. Para el escéptico, podrían ser las llaves que intenten abrir su corazón, o las que interpelen sus viejos pensamientos. Para el ateo, en cambio, podrían ser las que abran su alma.

Si todo esto parece demasiado pretencioso, solo les propongo pasar un rato de una tarde cualquiera leyendo algo diferente.

Dedicado a mi hija Sol, la luz que me impulsa a seguir hacia adelante todos los días.

Dedicado a Matilde, una gran mujer, excelente compañera de trabajo, una gran amiga, un gran ejemplo.

Dedicado a «Oski», como le decía de forma cariñosa Matilde a su marido, para que encuentre en este libro una palabra de consuelo que ayude a sanar su dolor.

Dedicado a Adam, para que encuentre esa paz interior que, al igual que nosotros, necesita para poder seguir con su vida, después de padecer esta tragedia que ahora nos toca transitar.

Dedicado a aquellas personas que sienten miedo o incertidumbre a la muerte, porque tal vez alguna palabra de este libro sea un pequeño lucero para cambiar la percepción de lo que creemos acerca del final de la vida.

Dedicado a aquellas personas que han perdido a un ser querido.

O sea, todos...

Prólogo

Si hace unos años me hubieran dicho que participaría de esta manera en uno de los libros de mi madre, no lo hubiera creído.

Hoy estoy aquí, en primer lugar porque la ocasión lo amerita y porque mi hermano se merece todo lo que pueda darle. En segundo lugar, porque gracias a la fuerza de mi madre, por sus pensamientos y creencias que hoy me transmite en estos durísimos momentos, puedo continuar con mi vida sin hundirme en la más grande de las miserias.

Iñaki es lo mejor que le ha pasado a nuestra familia. Me atrevería a decir que él aun siendo el más pequeño de todos, fue quien nos ha enseñado a los tres los verdaderos valores que hay que tener en la vida, ya que nos mostró cómo hay que ser para ganarse el corazón de todos aquellos que nos rodean, y cómo hay que saber llevar la vida para que, en el día que partamos, podamos hacerlo por

la puerta grande, como lo hizo él. Fue un ángel en la tierra desde el día en que nació, y hoy es el ángel que cuida de nosotros desde el Cielo, el mejor de todos.

Muchos al leer estas páginas quizás no podáis comprender a mi madre, yo hace un tiempo tampoco podía. Solo puedo decir que, cuando pasa algo tan terrible como lo que nos ha tocado vivir a nosotros, todo lo que se cuenta en este libro es el único motor que nos ayuda a tener esperanza y a no hundirnos. Porque las señales existen y porque una atea como yo las ha vivido, pudiendo sentir a mi hermano cerca, gracias a ellas. Ahora estoy segura de que lo volveré a ver y que le podré dar aquel beso que no pudo darme el último día que nos vimos.

Gracias, mamá, por ayudarme a ver todas estas cosas que no podría haber percibido en la oscuridad de mi habitación, tumbada en mi cama. Gracias por ayudarme a sentir a Iñaki más cerca, sin vos no habría sido capaz de ver la luz al final del túnel.

María Sol Esquiaga Muñiz

~ El ángel sigue aquí ~

Su nombre, Iñaki. Ya no está de forma física, pero sigue aún entre nosotros. No lo podemos ver, pero lo podemos sentir; no se lo escucha, pero sus palabras quedaron marcadas a fuego en nuestros corazones. Se percibe ahora su presencia etérea, lo que hace que no sea tan dolorosa su precoz ausencia.

Iñaki hizo cierta aquella famosa frase del principito: «Lo esencial es invisible a los ojos».

Él lo captaba todo sin necesidad de palabras. Su mirada transparente, directa y amorosa percibía lo mejor de las personas, haciendo muy difícil no caer en su cálido encanto. Siempre intentaba pasar desapercibido, pero nunca lo lograba porque era su forma de ser: su sonrisa, su palabra justa y sabia en el momento adecuado, lo que llamaba la atención de los otros distinguiéndose, así, de los demás. Mucha sabiduría de un alma vieja en un cuerpo joven.

Decidí volver a escribir porque, en una oportunidad, cuando dudé en publicar mi primer libro en el año 2013, Iñaki me dijo algo que nunca olvidaré: «Mamá, tienes que publicarlo porque tal vez lo que cuentes pueda ayudar a alguien».

Esa es la humilde intención de este libro. ¡Espero no defraudarlo!

Iñaki aportó tantas cosas a nuestras vidas y a la de todas las personas que conoció en su corto trayecto, que siento que estas páginas van a estar colmadas de su luz. Estoy segura también, de que me ayudará a transmitir, de una forma clara y concreta, esa palabra, esa frase que pueda ser un rayito de esperanza o una chispa de fe para aquellas personas que han perdido a un ser querido y no encuentran consuelo.

~ El perfil del ángel ~

Desde su nacimiento fue un ser especial. Nació nueve meses después de aquella falsa alarma de que el mundo se acabaría en el año 2 000. Llegó a cambiar nuestras vidas para siempre dos días antes de que empezara la primavera en el hemisferio sur. Sin dudas, un adelantado.

Fue un niño tranquilo, risueño, simpático, generoso y muy cariñoso. Un niño feliz, un emisario de paz.

Una vez, en el club de Tenis donde Iñaki jugaba, un señor que apenas lo había visto, en una oportunidad me comentó algo que se me quedó grabado para siempre:

—Lo estuve observando a tu hijo durante un rato y me llamó mucho la atención su manera de ser: cómo se mueve, cómo se comporta, cómo se relaciona con los demás. Cuando lo tuve cerca, le pregunté si era feliz y me contestó: «Sí, soy feliz».

Felicidad y paz era lo que él emanaba. Lograba transmitir esas emociones de una forma natural, espontánea y sin ninguna necesidad de esfuerzo.

En los informes escolares, sus maestras siempre resaltaron su personalidad y muchas de sus virtudes, esas que lo hacían destacar de forma constante del resto. Una de sus maestras me dijo que si tuviera un hijo, le gustaría que fuera igual que Iñaki. Otra maestra me comentó entre risas, que no tendría problema en adoptarlo.

Ese carácter que de forma sistemática lo distinguía o lo diferenciaba sin pretenderlo de los demás, no dejaba de ser algo que él mismo notaba.

Uno de sus comentarios más frecuentes cuando conversábamos, era que él sentía que no encajaba con el resto de los niños, ya que por alguna razón que no

alcanzaba a entender ni a explicar, se autopercibía diferente. En un principio sus comentarios me preocuparon, pensando que si tenía problemas para hacer amigos, acabaría aislado o automarginado. Traté de estar alerta, pero unos años más tarde pude entender que no era esa la razón por lo que se sentía así. ¡Su esencia era diferente!

Un día, yendo al colegio, recuerdo ir caminando a su lado cuando varios autos comenzaron a tocar sus bocinas y a gritar por sus ventanillas. En ese momento nos dimos cuenta de que había un niño africano parado en medio de la calle.

Iñaki reaccionó de una manera rápida, pidiéndome permiso con la mirada para luego salir corriendo. Llegó hasta el pequeño, sujetó su mano con mucha seguridad y lo acompañó hasta la puerta de su clase para hablar con la maestra.

Los niños africanos, en la mayoría de los casos, van solos al colegio. Este niño, que era muy pequeño y recién llegado al pueblo, no conocía el funcionamiento de los semáforos. Cuando comenzó a atravesar la calle estando el semáforo en rojo, el ruido de tantas bocinas hizo que se bloqueara y por ende quedó paralizado. Iñaki percibió todo esto en pocos segundos, y fue por esa razón que le pidió a su maestra que le enseñara los colores del semáforo, para que supiera en qué momento podía atravesar una calle sin que fuera atropellado. Actuó con rapidez, con inteligencia y sabiduría, porque supo empatizar en décimas de segundos con el niño, no dudando en socorrerlo. Esa era una de las características especiales de su esencia: proteger al débil en situaciones difíciles.

Iñaki esperaba siempre a que sus amigos lo invitaran a participar en las diferentes actividades que organizaban. No

invadía los espacios, ya que era muy respetuoso de la libertad ajena. No se imponía... o sí, tal vez lo hacía, pero de una manera sutil y poco invasiva, pues imponía ese aire de paz que, de forma instantánea, bajaba las revoluciones al más revoltoso. Por esa razón, donde iba no pasaba desapercibido y, sin proponérselo, destacaba.

Cuando comenzaba su adolescencia, tuvo una compañera de clase con síndrome de Down. Durante un largo tiempo la sentaron a su lado porque Iñaki la ayudaba con dulzura y la trataba de una forma especial. Ello hacía que ella se mantuviera tranquila durante toda la clase. Su recompensa eran muchos besos y abrazos, que ella le daba cuando se despedían al final del día.

Su sonrisa era permanente y casi tan luminosa como sus dientes. Tenía una mirada dulce que enternecía siempre con su brillo, siendo capaz de suavizar cualquier corazón en pie de guerra. No soportaba el conflicto, la confrontación, el insulto, el grito, la crítica ni el menosprecio, por lo que era imposible que él generara o provocara esas cosas en los demás. Era difícil escucharlo o verlo enojado, ya que aún en los momentos difíciles era cuando con una frase, una broma o tan solo con una palabra, aplicaba su innata sabiduría. Tenía un temple fuera de lo normal, una serenidad extraordinaria que ni siquiera en la tan temida adolescencia hizo que sacara su peor parte, porque en verdad no la tenía.

Fue muy fácil amarlo, sencillo educarlo y, por todo lo que nos aportó de forma generosa y desinteresada, será imposible olvidarlo. Así era, así lo recuerdo y así lo recordaré.

«Si tus ojos son positivos, amarás el mundo. Pero si tu lenguaje es positivo, el mundo te amará».

Madre Teresa de Calcuta.

~ El vuelo del ángel ~

Era sábado 6 de octubre de 2018. Uno de esos días tranquilos y nostálgicos que venía viviendo en ese tiempo. Por la mañana, estuve ocupada en viejos temas pendientes, que parecían que por fin iban a dejar de resultar una carga.

A la hora de la siesta tenía una sensación rara en el cuerpo. Me sentía muy triste, pero a la vez algo inquieta. Tenía motivos recientes para esa tristeza, porque casi dos semanas antes, justo en el día del cumpleaños de Iñaki, una moto atropelló a Matilde, mi compañera de trabajo. Era también mi amiga. Hablo en pasado porque no pudo resistir la batalla, ni evitar su partida para empezar una nueva vida —la vida eterna— solo dos días antes que Iñaki hiciera lo mismo en el viejo continente. A diferencia de ella, él no tuvo ninguna posibilidad de intentar quedarse, ya que su vuelo fue tan inesperado como directo.

Un rato antes de ver a Matilde ese día por última vez, me regaló una estampa de la Virgen María Reina Inmaculada del Universo, junto a una vela de color rosa y a una medalla pequeña de esta virgencita. Regalos que, a la mañana siguiente cuando recibo la noticia de su accidente, hicieron que pensara en dos posibilidades concretas: por un lado, que si rezaba con mucha Fe mientras ella estuviera en cuidados intensivos, tal vez se diera el milagro de la recuperación; o bien, que si no podía superar el coma, esos regalos eran la certeza absoluta de que, una vez llegada al Cielo, ella estaría con la Virgen.

Ese mismo día tuve la oportunidad de poner en práctica el primer pensamiento, ya que fue durante una jornada de Adoración al Santísimo, donde recé mucho por ella, por mis hijos y por todas mis otras intenciones.

Sentada en la primera fila para que nada me distrajera, capté «sin querer» esta imagen. Un niño que mira hacia el altar y una luz a su costado con una forma, al menos, peculiar.

Soy católica porque recibí el bautismo y la comunión cuando no tenía poder de decisión. A los cuarenta y cuatro años tomé la confirmación después de que a los cuarenta y dos sufriera una fuerte conversión. Desde entonces tengo la certeza plena de que existen Dios y la Virgen. También creo en los ángeles desde aquel día 23 de marzo de 2012, donde la oscuridad se hizo luz, y cuando por fin entendí que no estábamos solos y que la vida puede fluir mucho mejor si confiamos en la ayuda divina.

Al ver la imagen albergué la esperanza de que se recuperara, pero no pudo ser. La despedimos con mucho dolor, tras dieciséis largos y dolorosos días.

Al enterarme de la noticia, la reacción más inmediata fue enojarme con Dios. Triste y enfurecida, no podía entender por qué alguien como ella tuviera que tener ese final tan duro y repentino. Me hice las típicas preguntas que nos hacemos cuando fallece alguien bueno, alguien que creemos que no merece ese tipo de partida. Situaciones que nos llevan a pensar sobre la muerte como un castigo, como un final definitivo, cuando en realidad no es así. Lo sentimos de esa manera porque el dolor nos atraviesa, nos interpela